

janzas, haya perfilado nítidamente la individualidad esencial de cada uno: a la luz de estos escrupulosos ensayos el lector percibe de continuo la singularidad poética de Bousoño frente a Hierro o Brines; de Humberto Díaz Casanueva frente a su compatriota Gonzalo Rojas. El lector español ya no tiene excusa para desconocer a tantos poetas hispanoamericanos esenciales.

Carlos Javier Morales

Trilogía sucia de La Habana, Pedro Juan Gutiérrez, Anagrama, Barcelona, 1998, 359 pp.

Son muchos los escritores cubanos que, de una forma u otra, nos han ofrecido páginas críticas de Cuba (Lezama Lima, Carpentier, Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas, Zoé Valdés, Eliseo Alberto...) pero nadie lo ha hecho con la contundencia, dureza y radicalidad de Pedro Juan Gutiérrez que, en esta *Trilogía sucia de La Habana*, integra tres libros de relatos centrados en la crisis cubana de los 90 y que constituyen una imagen de la realidad de la isla vista desde lo sucio, lo extremado, lo feo, lo marginal, lo brutal, lo violento, lo soez, lo inmoral y lo excrementicio, en un afán de poner de manifiesto el rechazo hacia una forma de gobierno que vulnera los derechos más

básicos del hombre. Un descenso a los infiernos realizado con una familiaridad y facilidad que ponen de manifiesto que lo que aquí se cuenta no por extremo deja de ser algo cotidiano para este escritor cubano que no duda en identificarse con el hilo conductor de estos relatos. Protagonista y autor se llaman del mismo modo, ambos viven en La Habana, en el mismo barrio, son escritores y han desempeñado diversos oficios. Nos encontramos ante una radiografía de un momento histórico muy delicado y una autobiografía a la que da pleno sentido la elección de una primera persona llena de rabia, ironía y nostalgia. El propio autor explica la elección de este tono corrosivo, ácido y crudo porque «en tiempos desgarradores no se puede escribir suavemente». De ahí que a este escritor no le interese ni «lo decorativo, ni lo hermoso, ni lo dulce, ni lo delicioso».

Sobre esta Habana arrasada por el caos, «por el salitre, los vientos y el maltrato», planean obsesivamente el paro, el juego clandestino, la venta ilegal de mariguana, la miseria, los balseros deseosos de llegar a Miami, la posesión de dólares, la hambruna «que avanzaba al galope»... Allan Ginsberg, Bukowski, Lezama, Rimbaud, Nicanor Parra, Sebastián Salgado... son algunas de las citas que ayudan a entender esta escritura corrosiva que tiene como objetivo «pinchar un poco y obligar

a otros a oler la mierda», porque «el arte sólo sirve para algo si es irreverente y atormentado [...], sólo un arte irritado, indecente, violento, grosero, puede mostrarnos la otra cara del mundo». Resulta, por tanto, coherente, que no nos encontremos en estas páginas más que con antihéroes y personajes marginales, que sólo tratan de sobrevivir día a día, en un espacio, La Habana, que permite las siguientes opciones: endurecerse, volverse loco o suicidarse. Sexo, ron y música, serán las alternativas que aliviarán los estragos que la miseria está causando en los cubanos. A pesar de esta visión desencantada de la Cuba castrista, un profundo vitalismo se desprende de estos relatos. Hay una apuesta por la vida porque «un hombre puede ser destruido pero no derrotado». En este sentido la función del sexo como liberador de tensiones, como posibilidad de comunicación y huida de la cruda realidad, merece ser destacada. Un sexo hiperbólico y omnipresente, directo y nada escrupuloso, entendido como pura fisicalidad porque, como se afirma en uno de los relatos, «si sólo es ternura y espiritualidad etérea entonces se queda en una parodia estéril de lo que pudo ser». Lo único que escapa a esta visión escatológica es la poetización del paisaje cubano, bálsamo en una prosa descarnada, directa y con un acento muy personal, reveladora de un desbordante optimismo, a pesar de que la vida

«no alcanza para vivirla y comprenderla», eso sí desde la certidumbre de que, irremediablemente, Cuba es el paraíso perdido.

Milagros Sánchez Arnosi

Una historia personal, Katharine Graham, traducción de José Manuel Calvo Roy y María Luisa Rodríguez Tapia, Alianza, Madrid, 1998, 533 pp.

Hija de un influyente magnate y de una Egeria de los años locos (que casi vuelve loco a Thomas Mann en su exilio norteamericano), dueña, en su momento, del *Washington Post* y del *Times Herald*, emisoras de radio y televisión, mansiones urbanas y rurales, colecciones de obras de arte y cuanto gústese pedir, la autora nos ofrece unas memorias en plena setentena. Desde luego, no hay personaje mediático, económico y político (tres categorías coincidentes, de ahí la reiteración esdrújula) que Missis Graham no haya frecuentado, con quienes no haya conversado, viajado, cenado o bailado. Y, en general, el libro tiene un amable tono de eco social entre gente elegante de la *café society* de Nueva Inglaterra.

La guerra mundial, el macartismo, las promesas de Kennedy y su asesinato, la guerra de Vietnam, el asunto Watergate (que ocurrió en el *Washington Post*, precisamente)

pasan en narración rápida y fluida, a través de una memoria implacable pero exenta de patetismo, donde todo se ha vuelto ligero e inocuo. Tal vez sea su mejor mérito literario, aunque también su mayor defecto como libro de memorias.

La memoria personal es, en parte, biografía privada (amores, hijos, abortos, episodios psiquiátricos, negocios, alcoholismo, vestidos de Patou, conciertos de Serkin y cuadros de Renoir) pero, cuando se trata de gente notoria que apenas si se ha visto con otra gente que no fuera notoria, pasa una época. Y esto es lo que falta en el libro de

Missis Graham. A veces se tiene la sensación de que el biberón del hijo pequeño pesa tanto como la bomba sobre Hiroshima. Y así será, tal vez, en el corazón de la madre del hijo pequeño (no de las madres de Hiroshima, desde luego).

Graham ha resuelto uno de los problemas acuciantes de nuestra identidad (el cuento de nuestro pasado, la forma que ha adquirido nuestra vida al pasar) con astucia y, en definitiva, con cierta moraleja: el pasado no preocupa, ha pasado para siempre.

B. M.

El fondo de la maleta

Un fin de siglo

Nos hemos puesto melancólicos en este año de 1999. Lo señalamos como fin de siglo, lo cual es una obviedad y una opción. Parece interesarnos menos la llegada de lo que viene que la despedida de lo que se va.

Con su Guerra de los Treinta y Un Años, como Eric Hobsbawn denomina a la prolongada matanza mundial que va desde Sarajevo a Hiroshima (1914-1945), este siglo que se acaba resulta el más tanático de la historia. No hubo antes otra guerra de tamaña extensión mortífera.

Pero, muertos aparte, también le cabe al siglo el título de ser el más erótico. Nunca el planeta cobijó a tantos habitantes con tan larga extensión de vida. Siguen siendo escandalosas las estadísticas sobre hambrunas y pestilencias, pero el balance es favorable a la especie que, más allá de guerras titánicas, parece más arraigada a la vida que nunca. Eros y Tánatos, la infernal pareja del Tiempo, no pueden estar juntos ni separados: su ósmosis da carne, hueso y ceniza a la historia.

Lo de finisecular connota extenuación, delicuescencia y agobio. Estamos al final, con pocas fuerzas y una carga excesiva. En compensación, nos halaga pensar que los tiempos terminales fueron, con frecuen-

cia, ricos en intensidad y creación. Quizá nos falte perspectiva para saber si la costumbre se repite en este final de siglo, de milenio y de década. Lo cierto es que la memoria objetiva y la capacidad informativa de la humanidad llegan, en estos días, a sus cotas más altas. No menos cierto es que, muy a menudo, la información es el precio que paga la cesación del saber, conforme la figura de T. S. Eliot.

¿Y si prescindiéramos de la manía occidental de encuadrar el paso del tiempo en unidades regulares y dejáramos de lado el fin de siglo? Los números cuadran mal a estos cien años que, en rigor, empezaron con el hundimiento del *Titanic* y acabaron con la caída del muro de Berlín. Dos catástrofes, dos advertencias: 1912 y 1989. «No hay que confiarse en las predicciones» parecen decir ambos eventos. Ni el tiempo admite moldes de almanaque ni la vida responde a leyes codificadas de antemano. Por otra parte, la calidad del tiempo depende de las zonas históricas. El siglo XV, con los turcos en Constantinopla, los españoles en América y los portugueses en la India, conmovió la Ecumene europea e incorporó nuevas tierras al comercio mundial de ideas, metales y